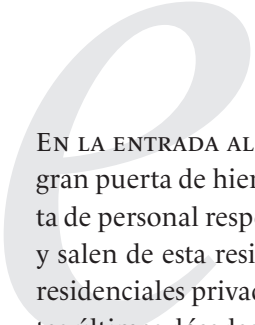


# Paraísos privados

Virginia Negro

Fotografía: Livia Radwanski





EN LA ENTRADA AL CLUB DE GOLF de Bosques de las Lomas hay una gran puerta de hierro. El vigilante es sólo el primero de una larga lista de personal responsable de verificar la identidad de los que entran y salen de esta residencia exclusiva. Las *gated communities*, o barrios residenciales privados de lujo, son una forma habitacional que en estas últimas décadas ha proliferado en las ciudades de América latina. Aunque en el viejo continente casi no se encuentran, en realidad estas comunidades privadas han proliferado por décadas. De hecho, la cantidad de personas que han elegido vivir en comunidades cerradas aumenta constantemente en todo el mundo. Se les llama *gated communities*, áreas residenciales cerradas y continuamente controladas con sofisticados dispositivos de vigilancia y policía privada.

Estas áreas residenciales son un paradigma de vivienda que nació en los Estados Unidos de los años sesenta donde, según los datos de *The American Housing Survey*, hay hasta once millones de estadounidenses que viven detrás de altos muros, especialmente en California, Florida y Texas. También de acuerdo con las evaluaciones del censo estadounidense, la ciudad con el mayor número de comunidades cerradas de Estados Unidos es Los Ángeles: no es sorprendente que se le considere una de las ciudades más desiguales étnica y socialmente del mundo entero.

El tipo predominante de organización interna de comunidades cerradas es la “asociación de propietarios”, que gestiona el espacio compartido y regula la “comunidad” hasta llegar a formas de autosuficiencia o autogobierno donde los servicios, no sólo la seguridad, sino también el mantenimiento de carreteras, la recolección y distribución de agua y energía y el transporte dependen de empresas privadas.

Un modelo de vida que se ha convertido en un fenómeno global y ha encontrado un terreno fértil en América Latina gracias al alto índice de desigualdad económica de la región. En Argentina están

los *countries*, el más famoso es el que se construyó en el delta del Río Paraná, llamado *El Tigre*. En Chile se llaman los fraccionamientos privados y en Brasil condominios fechados. Las comunidades cerradas nacen como las *garden cities*, ciudad jardín, construido según el modelo utópico del arquitecto inglés Ebenezer Howard, que, en el siglo XIX propuso la creación de pequeñas ciudades inmersas en el verde y autosuficientes, posiblemente ubicadas en las afueras de la ciudad para defenderse de la violencia desenfrenada en los centros urbanos.

Una de las ciudades con más concentración de “barrios cerrados” es México, donde el área de Interlomas es casi toda ocupada por *gated communities*. Para formar parte de este enclave de lujo —uno de los primeros, más grande y más exclusivo de la capital, ubicado en el barrio de Santa Fe— se debe, además de tener la capacidad económica, ser miembro de la Asociación de Colonos, la cual pide cumplir con su legislación interna. Cada mes, los miembros deben pagar una tarifa mediante la cual se mantienen servicios de todo tipo, desde campos deportivos hasta clubes, tiendas, o espacios reservados para barbacoas dominicales.

Para llegar a cualquier dirección se tiene que pasar por otros dos controles: el primero es la entrada a la residencia, y el segundo es dentro de los edificios, torres de veinte departamentos donde el portero, después de avisar, acompaña al cuarto piso hasta que tocar el timbre a quien llega. Una de las habitantes de esta comunidad me abre la puerta y me deja entrar en el departamento. Al final de nuestro encuentro no me dejará repetir la caminata y me llevará en coche a la gran puerta de hierro: “A pesar de que aquí es muy seguro, es mejor así, lo prefiero. Hay muchas casas en construcción en la zona últimamente”.

Ella nunca se mueve a pie, la ciudad la frecuenta muy poco, no le gusta caminar ni siquiera adentro del

barrio cerrado: “Todos los vecinos se mueven en coche, caminar solo nunca es agradable, ni siquiera aquí es seguro”. En las raras salidas con sus amigas, “nos vemos poco: todas tenemos familia ahora”, el único lugar de reunión afuera de sus hogares es el centro comercial. Los restaurantes de la ciudad tienen más *glamour* pero no son “lugares seguros”.

Cuando le pregunto si alguna vez ha sufrido una agresión, responde: “Una vez robaron en algunos apartamentos aquí en la residencia, gracias a Dios no en la nuestra. Sucedió hace un par de años y entre vecinos decidimos cambiar la empresa de la seguridad privada: seguramente han sido ellos porque no pueden ingresar desde afuera”.

Durante las diversas conversaciones con todos los demás miembros del vecindario percibo que la desconfianza parece ser el sentimiento dominante en las relaciones con el mundo exterior al hogar. “Nuestro conserje tiene la orden de no dejar entrar o salir a nadie a menos que le hayamos avisado previamente. Una vez mi padre quiso sacar a los niños, y aunque conoce a mi padre y sabe exactamente que los niños están con su abuelo, no los dejó salir”, me dice sonriendo.

¿Está justificada esta alta percepción de peligro e inseguridad o es una exageración? Según un estudio de la Fundación Reuters, la capital es la sexta ciudad más peligrosa del mundo para una mujer. Pero también es cierto que la tasa de agresión en el barrio donde se encuentra este fraccionamiento privado es muy baja: Cuajimalpa es una de las delegaciones más tranquilas de la ciudad.

“Esta ciudad siempre ha sido muy peligrosa, pero ahora la situación se ha vuelto insostenible. Escucho historias de violencia todos los días, es por eso que vivo aquí: para protegerme”. Ninguna de las entrevistadas dijo ser víctimas de la violencia: las historias que cuentan son testimonios de segunda mano. Según la socióloga Alicia Lindón, el miedo a la violencia es una

forma de violencia, y en este caso la percepción de un entorno urbano como hostil claramente limita las experiencias de ciudadanía de estas mujeres.

En un país donde el estado de derecho ha sido puesto en crisis por los miles de desaparecidos, para una pequeña parte de sus ciudadanos la “privatopía” —nombrada así por el sociólogo estadounidense Evan McKenzie— se ha convertido en una posibilidad real y efectiva de autogobierno. ¿Cuál será la consecuencia de una demonización del espacio público tan profunda? Esta creencia exacerbada en el individualismo como una forma de protección contra la vulnerabilidad parece contener en su interior su potencial destructivo. El miedo al otro es tal que la única forma de salvación parece ser la autosegregación dentro de una comunidad de semejantes lo más homogénea posible.

Uno de los niños residentes en esta comunidad, de doce años, dice no conocer la plaza principal de su ciudad: nunca ha estado en el Zócalo: “Quizás una vez, yo era pequeño, no recuerdo”. Ha estado varias veces en Roma, en Milán, Venecia y Florencia, pero confiesa que le gustó mucho Bérgamo. Nunca ha oído hablar de la Colonia del Valle; de Coyoacán, sólo ha escuchado.

Para estas mujeres, encerradas en sus casas, los niños son una posibilidad real de escape. Aparte de la obligación de acompañarlos en algunas actividades fuera del club, obligándolas a ir más allá de las rejas, los hijos son también un plan para un futuro afuera de los muros: “Me estoy informando para que mi hijo vaya a la Universidad de Berna: una excelente escuela”.

Otro residente, gerente de una transnacional que trabaja en Santa Fe, a pocos kilómetros, me muestra el apartamento y las canchas de baloncesto y tenis que comparten con la familia de vecinos de su complejo. Me explica que dentro del club hay varias opciones: las torres, el complejo más grande que consta de dos edificios, el complejo de casas individuales donde el número puede variar de dos a seis, y finalmente las casas unifamiliares, que no se comparten con nadie y que están protegidas por una supervisión exclusiva.

Quizás debemos escuchar nuevamente las palabras del filósofo alemán Martin Heidegger, y, antes de construir, aprender a habitar, que significa en primer lugar construir una confianza entre ciudadanos, y una posibilidad de encuentro en el espacio público entre personas, donde sea posible la construcción de una urbe más igualitaria y democrática. ■■